

V.

Sábado 20 de Octubre de 1883.

Hace un tiempo sumamente extraño: un calor dulce de una pureza exquisita. Partimos en ballenera para ir á reconocer Shun-An, al otro lado de la bahía, al pie de aquel desfiladero de montañas que los anamitas llaman *Puerta de las nubes*.

Nada más que un aduar de pescaderos miserables; pero hay en él una pagoda muy bonita, fino encaje de yeso y de porcelana, en lugar profundo, sombrío, bajo grandes árboles rígidos y solemnes, de la especie llamada *árboles de pagoda*. En toda aquella húmeda región capilares de variedades delicadas y raras tapizan las viejas paredes.

La gente es fea y medrosa.

En la entrada del pueblo, *señor Tigre* está figurado en bajo relieve en una gran pared de piedra; está pintado con sus colores, con morros de crin y ojos de cristal, y hace, como es de rigor, un gesto

chino. Pequeñas velas coloradas y olorosas arden á sus pies: dicen que es para tranquilizarle, porque la noche pasada ha venido á mayar hasta en las mismas calles.

Una casa mandarina está aislada allá abajo, en medio de aquellos campos de arroz, que son de un verde más tierno que nuestros trigos en Abril. Nosotros vamos allí por estrechos senderos en joroba que atraviesan los arrozales inundados, como en Francia los pasadizos de las salinas. Las puertas están cerradas, y es que este mandarín, muy viejo á lo que parece, acaba de morir. La viuda, una pobre mona vieja, quejumbrosa, abre la puerta y nos hace entrar en una sala baja, muy antigua, donde todas las vigas macizas representan vampiros y monstruos. Quiere vendernos sus lanzas, sus platos, sus floreros, sus quitasoles; y nuestros marineros tienen bastante qué hacer con llevar á nuestra ballenera todos estos despojos del mandarín muerto.

A la puesta del sol, es ya hora de regresar; nos vamos mecidos por una marejada enorme que nos envía el mar de la China y que viene á morir

despacio en aquella bahía: una frescura de otoño, nueva y vivificante llega con la tarde, y el crepúsculo es de un puro color de oro.

Mientras volvemos tranquilamente á la vela, aparece allá abajo en el fondo del horizonte el bienaventurado vapor-correo de Francia, que se detiene al pasar para entregar á la *Circe* las cartas que nos remiten. Esto va á completarnos un hermoso día una vez por casualidad y estaríamos muy alegres sin el recuerdo fresco de nuestros compañeros que partieron anteayer hacia lo desconocido.

¡Ay! ¿por qué no nos dejaron partir con ellos?

Al pensar en esto, avergüenza casi aquella seguridad de Tuzane, y además ese papel de guardián de bloqueo, por útil que sea, acaba en verdad por hacerse mortal.

VI.

Silvestre Moan, mi marinero, es de la tierra de Goëlo, como Renán y mi hermano Ives, de una aldea de Ploubazlanec. Le conocí en otro tiempo por mi amigo Iaun el gigante, cuando era grumete y pescador de Islanda.

Algo hombrón, es todo cuanto tengo que echarle en cara y, como se ve, esto no es culpa suya: más alto y más ancho de espaldas que lo que mi puerta consiente; brazos terribles y barba negra. De lejos, terrorífico aspecto; de cerca, un bello rostro dulce y sincero; diez y nueve años, ojos azules llenos de juventud; los modales, las inflexiones de voz, el candor de un niño. El y Tu-Duc (el gatito de la tripulación robado en Argel, piel gris manchada, aspecto muy astuto, el extremo de la cola y el lomo del pescuezo blancos), él y Tu-Duc son quizá los dos seres que más me quieren á bordo. Por lo demás se parecen, á pesar de la diferencia de sus dimensiones: el mismo

contoneo provocativo, con el espíritu tan poco cultivado el uno como el otro, los dos absolutamente irreflexivos. Desde mi hamaca de aloes los veo á Tu-Duc y á Silvestre entrar y salir, el uno llevando al otro, luego vacar sus pequeñas ocupaciones en mi cuarto entre los buddhas y las flores con la misma agilidad silenciosa. Tu-Duc sabe saltar cuando se le presenta un arco formado por las manos. Silvestre no sabe hacer esto; pero escribe á Goëlo á su abuelita, lo cual debe ser algo más difícil.

Ahora no tenemos mucho calor en nuestra Tuzane; durante el día hace alguno, más por la noche se siente perfectamente que el invierno se aproxima. El verde islote ha perdido muchas de sus hojas y á su alrededor el agua está fría. Lluvias y días sombríos y cortos como en Bretaña los días de otoño; es una tristeza que no habíamos previsto.

A la caída de la noche se experimenta perfectamente esa impresión de Noviembre que oprime el corazón como un rozamiento de la muerte y se pone uno á soñar en las buenas veladas de Fran-

cia, en las hogueras alegres, en el hogar de la familia.....

Sufrimos por nuestro propio aturdimiento una multitud de privaciones. Una carencia completa de esas pequeñas cosas usuales que se traen de Francia y que nada puede reemplazar cuando se consumen. Ni una moneda en nuestros bolsillos por falta de comunicación con el resto del mundo. Se acabó el jabón á bordo: nuestra ropa blanca lavada por nuestros marineros en el agua salobre del mar y *oliendo á chino*.

La *Circe* se ha convertido por la fuerza de las circunstancias en un receptáculo de toda clase de gente: heridos convalecientes, intérpretes, Matas anamitas, náufragos del Tonkin, piratas de Haïnan, el elemento amarillo nos invade cada vez más, y tiene una necesidad de atrancar la puerta como en un lugar sospechoso. Pero es divertido ver la desenvoltura con la cual los marineros saben tratar á aquel pueblo de pelo largo.

VII.

20 de Noviembre de 1883.

Desde hace ocho días han tenido lugar muchas cosas; cosas heroicas ó extrañas, divertidas ó estúpidas, y luego las impresiones del día siguiente arrebatan las poco profundas de la víspera. Todo ha pasado sin dejar rastro.

Un ligero tifón que ha venido á refrescar nuestro aire; gente indiferente que ha muerto y á quien han enterrado; noticias vagas llegadas de nuestros compañeros de la *compañía de desembarco*; una embajada y regalos magníficos, enviados por nuestro Gobierno, en testimonio de alianza, al rey de Anam. (Esto se ha perdido en el camino y ha sido preciso correr tras ello por las aldeas.)

Hoy calma pesada. Sábado, día de lavado á bordo; mediodía, hora de siesta en que por casualidad no duermo. En mi cuarto *huele á chino*, un olor que poco á poco se nos ha impregnado en

nosotros, en nuestros vestidos, en nuestros flores, en todo. Mis buddhas, mis elefantes, mis garzas místicas están correctamente formadas en chineros, por los cuidados del asistente como si fuésemos á pasarlos revista.

Cerca de mí, el niño grande, Silvestre, restriega cuidadosa y concienzudamente una lámpara de pagoda sacando un poco la lengua en ciertos momentos en que esto se presenta más difícil en las hendiduras. Por mi porta se ven las altas montañas agudas de Kien-Cha, siempre las mismas, con su aspecto chinesco, la superficie azul del mar reflejando el blanco sol, y sobre aquel espejo, los champanes en enjambres inmóviles hoy como feas moscas muertas. Ningún ruido en aquel barco, que sin embargo vibra al menor sonido como una campana gigantesca. Por mi puerta abierta, la vista se encuentra con la batería de la *Circe*. Allí huele todavía más á chino que en mi camarote; hay por el suelo una capa de objetos extraños de gentes heteróclitas, confundidos por el momento en el pesado sueño de la siesta.

Mochilas, sacos de arroz, gamelas, velas; Tu-

Duc, el gato, dormido en un gong, marinos desnudos durmiendo con la cabeza sobre sus brazos musculosos, chinos, flacos como faquires, durmiendo de pie, rígidos, con su traje de seda negra; jóvenes tiradores anamitas, de actitudes femeninas, peinados con cocas, con un *nudo de Apolo* en la nuca y con un sombrero *bergère* de una forma Watteau, atado bajo el moño por una cinta azul; piratas de la isla de Haïnan, durmiendo con la boca abierta mostrando sus dientes blancos; bellos tipos de asiáticos, éstos con las largas trenzas negras de sus cabellos arrolladas en turbante alrededor de su cabeza masculina; y luego pobres soldados, pobres artilleros heridos por el fuego ó consumidos por la disentería, fatigosos en su sueño febril.....

Y á bordo todas estas gentes, excepto los enfermos, trabajan para reemplazar á la mitad de nuestros marinos que nos faltan. Esta mañana á mi orden todo *viraba al cabrestante*, á mis pies—el cabrestante, carrete inmenso que gira como el Tio-vivo en la feria.—¡Hacen girar los marinos; hacen girar las pastoras Watteau; hacen girar los chinos

orgullosos con sus colas; hacen girar los Matas, los prisioneros, los piratas! Y aquella mescolanza humana, braceando fija en aquel lugar, es una imagen bastante fiel de lo que pasa en grande en aquella extrema Asia.....

VIII.

Hay en una región deshabitada de aquella bahía una bahía melancólica que visitamos de cuando en cuando por la tarde.

Allí es donde duermen los muertos de 1863; duermen en aquella tierra rojiza mil doscientos ó mil quinientos franceses, soldados ó marinos, arrebatados en un verano por el tífus, cuando la primera tentativa de ocupar aquel país.

Apenas se ven ya los restos de las cruces de madera, caídas bajo las espinas ó los bejucos: con estas lluvias cálidas todo se consume aquí muy de prisa y la naturaleza verde es más devoradora que en otras partes.

Nuestras relaciones con la gente de Tuzane se mantienen bastante amistosas en apariencia. Por la mañana, si entre la muchedumbre del mercado nos enfadamos por casualidad, en seguida nos hacen *tchin-tchin*, la reverencia humilde con lo cual no hay medio de impedir la risa, y henos aquí

desarmados. Con aquel pueblo viejo y niño al mismo tiempo, no es fácil por otra parte enfadarse en serio.

De cuando en cuando un reconocimiento en las bahías próximas, ó bien una carrera en bote tras de champanes sospechosos; fuera de esto nada hay que anime aquellas jornadas de bloqueo. El hastío se ha apoderado de todos y apenas oímos cantar á nuestros marineros.

IX.

El soñar adquiere aquí una importancia extremada; sobre todo durante el pesado sueño del mediodía. Después quedan imágenes descabaladas, incoherentes, las más veces muy misteriosas, que nos persiguen hasta por la noche.

Hoy volvía á ver el arriate de una casa de campo que me gustaba mucho cuando yo era niño. En el sueño era una noche de verano muy cálida, dominando á lo lejos llanuras de brezos. Había cerca de mí un grupo de jóvenes que llevaban trajes de épocas muy diferentes, por más que al parecer todas tenían la misma edad.

Estas jóvenes eran mi madre, mis abuelas, mis tías, fáciles de reconocer sin vacilación ninguna, por más de que se habían rejuvenecido hasta los diez y seis años y vestidas con sus trajes atrasados de aquellas épocas. Estaba allí hasta la más joven de nuestra familia, que es en realidad muy joven, ésta con largos cabellos rubios; sin que, por lo

demás, les sorprendiera encontrarse todas juntas, ni verme en medio de ellas, hablando alegremente de cosas de otro tiempo.

Unos bandos de flamencos de color de rosa, casi luminosos, pasaban muy arriba, en el cielo, que era pesado y sombrío; se aspiraban aromas de verano muy suaves. Las piedras de aquel arriate estaban separadas, estaban llenas de musgos como en las ruinas, y se veían trepar ramas de jazmines, florecillas anticuadas que las muchachitas de los viejos tiempos se ponían en el cuerpo del vestido.

En la llanura de brezos, oscura y profunda, el cielo se había puesto absolutamente negro como un paño de luto, y ahora algo de siniestro, una especie de disco macilento, se levantaba lentamente en el extremo del horizonte.

Dijeron que era la luna, que había tardado un poco en salir, y por la satisfacción que les causó el verla, comenzaron á reirse de una manera fresca, que en nada se parecía á la risa de los fantasmas.

Yo encontraba que la luna aquella tenía una cara alarmante; al subir por el cielo negro se en-

sanchaba desmesuradamente y palidecía siempre; se disolvía poco á poco en una grande corona diáfana, en un cerco apenas visible.

Y después de ésta apareció otra que salía del mismo sitio, como si naciese del suelo: entonces sentí miedo, comprendiendo, aun en mi sueño, que asistía á un inmenso trastorno del Cosmos eterno.....

—No—dijeron todas—esto se había predicho en el almanaque de los astrónomos, y todavía tienen que salir otras dos.

En efecto, otras dos lunas aparecieron juntas, y se desvanecieron también en grandes halos turbios que producían una luz pálida y temblorosa; verdaderamente tenía mucho miedo.

Ellas se refan de mí: «Vámonos, ya que esto no le divierte. Pero ¡qué miedoso es para ser hombre!» Y nos fuimos por una calle de ojaranzos recortados formando bóveda, donde hacía cada vez más calor y donde había menos luz cada vez; por lo que se podía ver, todo lo que allí había eran majuelos profusamente floridos como en Mayo.

Las jóvenes seguían siempre avanzando, siem-

pre tan jóvenes. Las más antiguas tenían trajes de Luis XV, ó del Directorio, con talles atados muy arriba por debajo de los brazos—como en los retratos que databan de su infancia.—Y he aquí que llegó la verdaderamente joven y se enredó de pronto los cabellos rubios en los majuelos.

Todas se pararon para socorrerla. Los rizos se habían enroscado como culebras alrededor de unas ramas. Desenredarlo exigía mucho tiempo: un trabajo muy cansado que no producía efecto alguno y que nos causaba aún mayor calor. En aquella obscuridad los mechones se obstinaban, y aun nacían otros que á su vez se enredaban; y por último, había otros que se lanzaban con un ruido de cohete para ir á perderse no sé donde, en la espesura del tallar.—Hay que cortar, cortar, cortar, porque nacerán otra vez, dijo una de aquellas extrañas muchachas (una hermana de mi abuela que conocí muy vieja, octogenaria, pero que era una persona viva, de ideas bruscas).

Se lo cortó de raíz, ¡crac, crac, crac! con unas grandes tijeras que llevaba colgando de la cintura, y luego las jóvenes prosiguieron su camino sal-

tando al compás de la música de la canción: *No iremos más á los bosques.....*

Llegamos al extremo del jardín, á un antiguo kiosko tapizado de rosas en espaldera, donde entraron. No había allí más que dos ó tres sillas donde se sentaron, después de algunas ceremonias, las más viejas—las de las mangas perdidas y el talle imperio.

Siempre el cálido crepúsculo de verano, los perfumes de los henos y de las flores. Pero las jóvenes ya no cantaban y su asamblea había adquirido de pronto para mí el carácter de una cosa extremadamente solemne.

Las que quedaron de pie abrieron un armario disimulado en el grueso de la pared y sacaron, para enseñármelo, un vestido de niño que habían ocultado allí. ¿Reliquia de muerto ó presagio de vida?.... Me lo presentaron con sonrisa de misterio, de silencio, y yo COMPRENDÍA, y al mirar aquel vestido experimentaba una emoción dulce, tierna, tan palpitante y tan fuerte que desperté....

Entonces todo acabó; roto el encanto, el sentido cortado é imposible interpretarlo.... Aquel cre-

púsculo de verano, aquellas jóvenes, aquel perfume del tiempo pasado, todo esto, en menos de un minuto, había huído al mundo inestable y tenebroso de las visiones. Me encontraba con la luz de las dos del día, mi camarote y el país del destierro.

Tu-Duc estaba allí durmiendo á mis pies, y ví también á Silvestre, ocultando la ventana con sus anchos hombros: acababa de concertar un importante trato de bananos con *la Luna*, que estaba en su piragua en el exterior, y cuya cara regordeta se veía. Esta luna (que nada tiene de común con las de mi sueño, tan numerosas) es una vendedora anamita, de diez y ocho ó veinte años, que viene diariamente á ofrecer fruta al costado de la *Circe*: respondió al nombre de Luna que los marineros le dieron por ser tan redonda.

Alargaba haciendo melindres el brazo, la mano amarilla, y quería contar ella misma sus cien sapeques, para evitar este trabajo á Silvestre. Pero él respondía en voz baja, temiendo despertarme: «No, no, porque ¿sabes? tú, pícara; tú, Luna; tú, ladrona.»

Y desengarzaba con pena el último rosario de piezas de cobre que representa ahora toda mi fortuna.

(Creo que esta cara asustada y cómica de la Luna es la que lanza sobre todo esto su extraño reflejo; para quien no la haya visto, mi historieta no tiene significación.)

Detrás de ellos un fondo bastante bonito. Era, con luz clara, aquella gran montaña por donde pasa el camino de Hué, esa *Puerta de las Nubes* que hay que franquear antes de llegar á la ciudad del rey invisible, y además, como siempre, sobre el mar pesado, la multitud de champanes.....

He conservado hasta la noche la impresión de ternura, dulce, profunda, inexplicable, que me había producido aquel vestidito de niño.....

X.

27 de Noviembre de 1883.

Es la una de la mañana. En fondeadero á la entrada del río Hué, ante aquel Thouan-an que hemos quemado en Agosto. Desde hace dos días esperamos *mudanza favorable*, como dicen en marina, para hacer pasar, por encima de aquellas eternas rompientes, un convoy de víveres al cuerpo de ocupación que guarda los fuertes.

La mudanza no quiere venir. Hay calma, sin embargo, y noche de estrellas; pero siempre la misma marejada, lenta, enorme, que no se cansa. Damos balances, cabeceamos sin tregua y oímos del lado del mar el zumbido continuo de las olas.

En esta ciudad de Hué, que está tan cerca, tiene lugar un drama aquella noche; en aquel momento mismo, y esto pasa entre los muros del último recinto real, toda clase de furores dilatan los ojuelos remangados de aquellos personajes de corte, que bajo pena de muerte está prohibido ver.